

# HISTORIA DEL MURAL REIVINDICACIÓN DE LA FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIALES

**Israel Jurado Zapata<sup>1</sup>**

Durante las últimas dos décadas del siglo xx, que son las que me tocó vivir, el ingreso a la máxima casa de estudios en México se convirtió en un sello de triunfalismo entre las expoliadas clases medias al menos en la Ciudad de México y el área Metropolitana, las cuales, además de reconocer ampliamente, junto con otros sectores, los beneficios y el estatus que ello brindaba, enfrentarían un serio problema económico más, si se viesan en la necesidad de inscribir a sus hijos en la ya amplia oferta de educación profesional que ofrecía el sector privado, y que absorbía a miles de jóvenes que quedaban fuera de la UNAM a través del examen de selección para los niveles licenciatura e ingeniería; y ni qué decir de lo que ocurría en el nivel medio superior con la Escuela Nacional Preparatoria, el Colegio de Ciencias y Humanidades y hasta las decadentes preparatorias populares.

El orgullo de ser universitario y las conquistas científicas logradas por la UNAM, en medio del rechazo de decenas de miles de aspirantes cada año, de una deserción notoria por causas muy complejas que aquí sobra mencionar, una baja eficiencia terminal particularmente en disciplinas de las ciencias sociales y las humanidades, y un crecimiento estancado en matrícula e inmuebles, fueron parte del panorama con que la máxima casa de estudios descendía en el *ranking top* de las universidades mundiales e iniciaba el siglo xxi.

Mi caso particular me mantenía bajo la obligación de ingresar a la universidad, más por el orgullo de ser universitario incitado fundamentalmente por mi madre (egresada de la Facultad de Odontología) que por una

<sup>1</sup> Doctor en Historia y Etnohistoria por la ENAH. Profesor de asignatura en la FCPyS. Líneas de investigación: Sociología de las culturas indígenas, historia, antropología, y etnohistoria de Mesoamérica y Los Andes. Correo electrónico: ij.zapata@politicas.unam.mx

madurada orientación vocacional; misma que ya concentraba todo mi interés en los pueblos indígenas como sujetos de estudio, pero que me batía entre un enfoque antropológico (desde la etnohistoria y la arqueología), ofrecido por la Escuela Nacional de Antropología e Historia, o un enfoque desde lo social, ofrecido tanto por esta escuela como por la UNAM.

Tratando de poner en armonía el enfoque social, como preámbulo a posteriores estudios etnohistóricos, y un embrionario amor a la camiseta puma, me decidí a concursar por un lugar en la licenciatura de Sociología en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, cuyo examen de admisión, por cierto, reprobé en un primer intento. Pero ya con matrícula universitaria, no podía vaticinar que mi adaptación a la universidad sería lenta y paulatina, no obstante que la había visitado antes en repetidas ocasiones, las primeras de las cuales eran cuando niño, acompañando a mi madre a algunas de sus clases prácticas en la Facultad de Odontología, y otras, como estudiante aún de preparatoria, para las etapas de fútbol en las islas.

De igual forma, lejos estaba pues de anticipar, y mucho menos de estar preparado para el estallido de una huelga estudiantil que, dicho sea de paso, me enseñó a conocer y amar mi institución como *alma mater*. Así, mientras las clases de mi primer semestre concluían sin que yo terminara de asimilar los privilegios de ser parte de la comunidad universitaria, y sin que entendiera del todo el universo de posibilidades que ello me abría; el llamado Plan Barnes se ponía en ejecución, y los estudiantes de la Facultad más politizados y menos cohibidos para hablar en público impresionaban a propios y extraños con su retórica de marcado espíritu marxista y anti-capitalista.

Finalmente, a mediados del año de 1999, el estallido inevitable de la huelga tuvo un efecto entre amenazante y entusiasta en muchos de los estudiantes de nuevo ingreso como yo, algunos de los cuales, y por si fuera poca la confusión señalada, no terminábamos de asimilar las implicaciones de la privatización de la universidad mediante el establecimiento de cuotas de inscripción, el peligro de las divisiones y confrontaciones surgidas al interior de la comunidad universitaria, y el desprestigio que acarrearía el conflicto para la institución y sus egresados.

Cuando la toma de las instalaciones y el paro total de las actividades académicas y administrativas fue un hecho logrado por, en ese entonces, una gran cantidad de estudiantes simpatizantes con el paro, llamados

mediáticamente: paristas+, yo no contaba con amigos a través de los cuales encontrar una vía de participación en el movimiento estudiantil; sólo un par de compañeras de mi generación estudiantil me brindaban aprecio, ante una discriminación general y velada de dicha generación por mi forma de pensar, siempre obsesionada con los pueblos indígenas, su historia y sus problemáticas sociales, así como por mis formas de vestir (con huaraches y camisas de manta), lo cual me conducía en la búsqueda de mi propia identidad, en franca ruptura con el discurso nacionalista de exaltación del mestizaje.

Esa falta de sentimientos arraigados de pertenencia, inclusive con los propios compañeros de mi generación matutina de Sociología, me mantuvieron un tanto alejado de los principales acontecimientos iniciales de la huelga estudiantil, de las negociaciones y de los conflictos inherentes a la coyuntura. No obstante, la creciente simpatía ciudadana hacia los estudiantes, la presión y desinformación de los medios de comunicación masiva, el acoso de las autoridades hacia algunos huelguistas y las dinámicas de organización y convivencia que se desarrollaban en las instalaciones en paro, incentivaron en mi el deseo por formar parte del movimiento.

Por supuesto mi primer acercamiento al mismo fue con la FCPYS, donde me enteré que el adjunto del profesor Gerónimo Vaca, quizá el único amigo barón que había hecho hasta ese momento, participaba en la huelga en el Centro Cultural Universitario, donde me incorporé de lleno a las guardias y custodia de las instalaciones, y donde conocí a entusiastas compañeros que con los años se convertirían en entrañables amistades, agrupados por cierto en el colectivo estudiantil Che Guevara+. Cabe destacar que a la par de este regreso a la UNAM, realicé un curso propedéutico y concurso de ingreso a la Escuela Nacional de Antropología e Historia, en la licenciatura de Etnohistoria, donde pude reafirmar mi identidad como estudiante universitario parista+, lo que resultó en un detonante de bríos y renovada inspiración por la reivindicación de los mundos prehispánicos a través de mis dibujos y mi discurso y, sobre todo, por sus experiencias con la colonización europea, cuya impronta letrada+ había preocupado mis más íntimos pensamientos desde el nivel bachillerato.

Por fin se darían las condiciones para discutir con la comunidad académica que me rodeaba, los temas que tanto me apasionaban y, desde

esta plataforma lograría madurar una reflexión con perspectiva decolonial que habría de dirigir mis pasos en lo académico. Así, la experiencia de diálogo y reflexión colectiva en el contexto de la huelga y en ese primer semestre en la ENAH, reactivarían pues mi inventiva y proactividad para pensar en la reapropiación de espacios dentro de la universidad como un fenómeno inherente a todo proceso social organizativo con tintes utópicos. Y en mi primera búsqueda estarían por supuesto los muros exteriores de la sala Nezahualcóyotl.

Pero el estilo de las fachadas de la mayoría de los edificios emblemáticos del CCU hacían casi imposible la empresa, por lo que el siguiente paso de esta idea totalmente individual me conectaría de lleno con los estudiantes que ocupaban la FCPYS, para esos momentos (julio de 2000) ya bastante divididos a partir de diversas posturas políticas que, dicho sea de paso, ya habían causado graves fracturas con los paristas del CCU a quienes llamaban %moderados+. La idea de la %ltra+se afianzaba en el imaginario colectivo, mientras el movimiento se dirigía a un estancamiento que aprovecharían los medios de comunicación para estigmatizar a los estudiantes.

Aunque mi recepción para colaborar con algunas actividades y para contar con un lugar para pernoctar en diversos colectivos estudiantiles de la Facultad (Camilo Cienfuegos y Conciencia y libertad) no fue difícil, sí lo sería el sondear entre los compañeros la iniciativa de un mural cuyo tema específico aún no estaba del todo claro para mí; no obstante, importante sí era la impronta del arte pictórico prehispánico y la necesidad de reivindicar las resistencias indígenas frente a los colonizadores, en franca ruptura con la idea de %vencidos+reproducida incesantemente por el discurso histórico colonial.

Cabe señalar que la solidaridad y amistad recibida desde esos momentos por estudiantes como Miguel Ángel Ramírez, Tesiu Rosas, Ignacio Pérez, Ana Laura Montero o Alejandro Chavarría, y el acompañamiento siempre valioso de mis nuevos colegas y amigos: Laura Rodas, Lucila Ángeles, Amanda Romero, Vanesa Lugo, Abril Coca, Itzel López, Minet (t), Noelia Ávila, Iván Galíndez, Carlos Hernández, Luis, Marina y Libertad, habrían de significar para mí ese impulso fincado en la amistad imprescindible para todo ser humano que está apunto de detonar su creatividad y expresión para conectarse con el mundo mediante un mensaje sentido desde lo más profundo del ser, de mí ser.

No tardaría en llegar mi oportunidad para exponer ante el Consejo de Huelga de la FCPYS el proyecto, que ya tenía esbozado en un pliego de cartulina blanca que todos pudieron conocer ese día. El tema y la forma por fin estaban definidos, y en gran parte inspirados por una novela histórica inédita de mi propia autoría, que se encontraba en proceso de desarrollo desde 1997: %Presagios del tonalámatl. Fernando Hernández de Baracoa, 1521-1565+. Pero las pugnas y rivalidades entre los grupos estudiantiles y mi falta de afinidad clara con sus corrientes políticas y colectivos estudiantiles, habrían de dificultar la aceptación de mi propuesta.

Entre la consigna dentro de algunas de estas corrientes, de que el espacio solicitado por mi proyecto: la pared principal del hoy auditorio Ricardo Flores Magón, debía reservarse para alguno de sus miembros con dotes artísticas, y la opinión de que podría pintar pero siempre y cuando fuese un tema de claras alusiones socialistas y revolucionarias, defendí la necesidad de remontarnos a un referente hito de la lucha en contra de la imposición, la imposición colonial, en contra del %autoritarismo+ que en esos momentos resultaba tan amenazante para el movimiento; pero sobre todo, enfatiqué la necesidad de romper con el %discurso colonial+ que solía colocar en la derrota al defensor del suelo americano (así como el estudiante era el defensor de la educación gratuita), defensor que sería representado en su %ser profundo+ por el indígena que exalta su capacidad de triunfo, no sólo militar sino simbólico.

Mi propuesta, costeadada por mi propia bolsa, fue consensuada por los estudiantes de la Facultad que daban vida al Comité de Huelga, y ante la inmutable división de posiciones y toma de posturas al respecto, me vi en la necesidad de ofrecer (particularmente para mis detractores) la garantía de que si el proyecto ya plasmado en la pared no generaba la reflexión y el sentido profundo de resistencia e identidad deseado, lo borraría yo mismo para claudicar en la empresa. Finalmente, sin la posibilidad ya de negar el espacio, el permiso fue concedido; y acto seguido, comencé a pintar el mural, con pintura costeadada en un principio por mis propios y limitados recursos, y con la aportación simbólica pero estimulante de un par de profesores que solían presentarse en la Facultad para orientar a los estudiantes y cuya identidad prefiero mantener en secrecía.

Una mesa y una escalera de cinco metros fueron durante todo el proyecto mis principales apoyos, así como el aliento de mis amigos mencionados,

de mi novia del bachillerato, Itzel, y de las personas que poco a poco se acercaban para conocer el trabajo y el sentido profundo del mensaje. Así transcurrirían los meses de trabajo en la pintura, comidas en la Facultad, rondines y pernoctadas, ahora en el auditorio que llegaría a llamarse: Ricardo Flores Magón, hasta la irrupción de la Policía Federal Preventiva a la Ciudad Universitaria el día 6 de febrero del 2000, lo cual yo no presencié por el hecho de que los fines de semana solía ir a visitar a mi mencionada novia hasta su localidad semi-rural de origen en el Estado de México.

Este hecho paralizaría la realización del mural hasta la hasta la reapertura de las instalaciones a la comunidad universitaria, momento en el cual adquirió relevancia por ser el único mural que no habían borrado las autoridades, por confundirlo como parte del inmueble que nunca había sido entregado oficialmente a las autoridades de la FCPYS, antes de la huelga, ello según testimonio citado del doctor Raúl Rojas Soriano; y a partir de lo cual se daría paulatinamente la aceptación de gran parte de la comunidad estudiantil de la Facultad, afín al paro o no, como el último de los murales que habían adornado diversas paredes en la Ciudad Universitaria, de los cuales, de envergadura considerable, conocí el de la Facultad de Medicina y el de la Facultad de Ciencias.

Una vez reestablecidas en su totalidad las actividades en la universidad, y gracias a la sensibilidad de la dirección interina de la doctora Rosa María Piñón Antillón (t), quien ante mi solicitud de continuar con el mural, decidí brindarme el apoyo pecuniario para la compra de pintura y lograr la consumación de la obra, mismo que reconocí públicamente en una reunión desarrollada en el auditorio con la misma directora y la comunidad estudiantil. Entonces me di a la tarea de terminar aún con los mismos instrumentos con que había iniciado: la escalera, la mesa, mi pincel y una brocha, y el apoyo solidario de más alumnos, maestros y trabajadores que se acercaban para conocer el sentido del mensaje que entrañaba la polémica composición que contrasta ante una historia oficial de derrota.

## **La forma, el sentido y la inspiración del mural**

El choque que resultó entre la política imperialista de la corona de Castilla y Aragón en el siglo XVI y el gobierno de la triple alianza del Valle de Anáhuac resulta fundamental para reconocer las bases para la construcción de un

nuevo tiempo histórico, que aún tardaría varias décadas más para consolidarse. Sin embargo, se popularizaría tempranamente en los registros históricos, desde la Nueva España hasta el Perú, la versión de que los invasores europeos habrían sido confundidos con dioses, que el propio Hernán Cortés había sido identificado con el mismísimo Quetzalcoatl. Lo cual a mi parecer no sólo es instrumento del discurso colonial, sino que hace mella en el espíritu y el orgullo de una sociedad invadida; como el caso emblemático de la quema de las naves ordenada por Cortés, para dar a sus huestes únicamente las opciones de conquistar o morir.

Importante es puntualizar que los invasores europeos no llegaron al Anáhuac decididos a conquistar la tierra, ni mucho menos habrían derrotado a las formaciones políticas indígenas con que se topaban; sino que fundamental resultaba sopesar la importancia del clima bélico y la atomización preexistente entre dichas entidades políticas de Mesoamérica durante el primer cuarto del siglo XVI. De igual forma es importante no reproducir la evaluación de los hechos y el desenlace de la Conquista a partir de reflexiones superficiales que se fincan en la superioridad técnica y militar de los invasores, para explicar la derrota de los indígenas que sólo contaban con armas primitivas; para lo cual es preciso reconocer cómo aquellos emisarios de la cristiandad, habían solicitado y peleado con trajes acolchonados de algodón de manufactura indígena.

El mensaje profundo del mural constituyó pues una antítesis de la Conquista, no como idealización subjetiva ni nacionalismo engeguedido, sino como una realidad corroborable en las mismas fuentes históricas de los siglos XVI y XVII que también registran las desventuras, derrotas y desgracias sufridas por las huestes europeas, no sólo en el Anáhuac y su famosa noche triste, sino en todas parte de la América invadida. La escena de los guerreros, el águila y el caballo se consagraría así como la composición central del mural, donde la imagen del soldado europeo derrotado, pero con su espada aun bien empuñada, y el guerrero autóctono apunto de rematarlo, implican una narrativa que aún espera por su desenlace.

En cuanto al estilo de la figura del caballo, cabe destacar que fue inspirada en la iconografía del Lienzo de Tlaxcala, en la que estos animales aparecen constantemente en acciones de guerra. En cuanto al guerrero europeo, carece de un rostro por tratar de representar a las diferentes

potencias europeas que se dieron cita en la invasión al Nuevo Mundo. De igual forma, el guerrero indígena fue inspirado en un *nacom* maya de la península para tratar de romper con el centralismo que encierran las figuras aztecas tan socorridas en este tipo de escenas bélicas, y con lo cual representaría a distintos pueblos en resistencia.

El mural conjuga dos estilos pictóricos prehispánicos fundamentalmente, uno es el trazo estilizado de los seres del mundo divino (el caso del Tlaloc teotihuacano de Tepantitla) y de los animales de poder como el jaguar también teotihuacano, la serpiente bicéfala y el sol mixteco que ésta atraviesa, y por lo cual pierde las plumas que, por cierto, evocan la idea del Quetzalcóatl retornado como una crítica al discurso colonial. Otro es el trazo naturalista inspirado en el muralismo de sitios arqueológicos como Bonampak o Cacaxtla, donde las figuras antropomorfas son representadas en su justa y natural proporción. Resulta importante destacar que la representación de Tlaloc en el Tlalocan tenía como función hacer referencia a uno de los paraísos a donde llegaban los fallecidos por motivos acuáticos, lo cual implicaba que los motivos de la probable muerte del guerrero indígena no serán claros, y propone la reflexión de que: no obstante triunfador ante el invasor, el defensor indígena puede quedar abatido por las epidemias legadas desde Europa o inclusive por otros indígenas enemigos.

Cual mera mención curiosa, en el diseño original del boceto en cartulina, extraviado casi desde el inicio de mis trabajos en el mural, existía una gran cruz detrás del caballo, que hacía las veces de contraparte religiosa del Tlaloc, pero por motivos estilísticos decidí omitirla para que prevalecieran los motivos pictóricos de tradición indígena.

## Simbolismo y discurso

Reivindicación conmemora no sólo el conflicto que vivió la universidad de 1999 al 2000, sino que también evoca la defensa de los pueblos ancestrales en contra de la invasión colonial, cristaliza un discurso decolonial que busca precisamente reivindicar la lucha de los ancestros, de nuestros ancestros, hijos de la región de las garzas, hijos de la región de los lagos, del cerro de la estrella y del valle de las piedras verdes, cuya grandeza me inspiró la

configuración de un discurso simbólico que toma forma a través de la imagen, al cual di lectura a finales del año 2000 en una inauguración que pasaría casi desapercibida para la comunidad de la Facultad a pesar de una campaña de difusión mediante carteles y visitas a los salones. De lo que cabe señalar, elaboré un gran telón para cubrir el mural, a partir de las mantas que fueron utilizadas por los diversos colectivos estudiantiles para expresar diferentes consignas durante el movimiento estudiantil.

El agua de la tierra, tlali y octli, Tlaloc, en su vergel Tlalocan espera al hombre que empuña las hojas de obsidiana, guerrero de piel color de la tierra, orgulloso y heroico que simboliza a los hombres, mujeres, niños y ancianos que han luchado mediante distintas formas a lo largo de la historia en defensa de su derecho a la vida, a la dignidad, al amor y al pensamiento; prodigiosas cualidades que heredaron durante generaciones de sus antepasados. De esta forma, el guerrero sin rostro, el de la armadura de acero, el anónimo, representa las fuerzas, los intereses y el espíritu imperialista llegados de ultramar que cae junto con sus oscuras intenciones por vencer a su contrincante. Y no obstante, estar condenado a la derrota, aún empuña su instrumento de destrucción como símbolo amenazante de su espíritu colonialista.

El águila, animal representante del sol, con sus alas bien extendidas evoca la pujanza de un pueblo que lucha hasta con sus mujeres y sus ancianos, es la fuerza que impulsa el embate de este símbolo, de un pueblo que se niega a darse por vencido. La serpiente, símbolo de la tierra, con sus dos cabezas representa la dualidad de fuerzas que dan movimiento a la vida, y con su noble serpentear por el firmamento, atraviesa el sol para recordarnos que siempre nos acogerá en su ceno y hay que defenderla de sus agresores.

El jaguar es el ultimo animal de poder, mágico y sigiloso, fuerte y astuto, representa nuestra fuerza individual, nuestra esencia interior, nuestro verdadero ser de piel color de la tierra que resurge, que perpetúa nuestro linaje, que no se pierde sólo se transforma; y junto al águila y la serpiente abaten al corcel, acometen a uno de los símbolos del imperialismo del siglo XVI, la bestia que había sido montada por el genocida, el invasor que fenece ante el ímpetu de los orgullosos pueblos indígenas americanos, y que sólo con la traición habrá de conseguir herir al hombre verdadero. De esta forma la inmortalizada lucha rememora que esta gran batalla nunca ha sido perdida,

que los pueblos de los hombres de maíz no fueron pueblos derrotados ni lo son ahora, y que esta eterna lucha continua cada vez con más fuerza, por que la sociedad contemporánea ya no quiere ser de maíz, por que ha olvidado respetar a su madre que es la tierra.